



La maternidad en “Margarita” de Josefina Pelliza de Sagasta

Motherhood in Margarita by Josefina Pelliza de Sagasta

La maternité dans Margarita de Josefina Pelliza de Sagasta

Álvaro Boada¹

 <https://orcid.org/0000-0002-8302-2947>

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima - Lima, Perú
alvaro.boada22@gmail.com (correspondencia)

DOI : <https://doi.org/10.35622/j.ro.2025.03.003>

Recibido: 21-07-2025 / Aceptado: 01-08-2025 / Publicado: 14-09-2025

Resumen

La maternidad es un tema controvertido que evoluciona a lo largo de los siglos. En el siglo XIX, la gestación fue vista a través de un prisma cientificista y patriótico, y se promovió el deber nacional de las mujeres a través de los medios de comunicación. Obras artísticas consolidaron la imagen de una madre fiel, protectora, devota y sumisa. Sin embargo, este ideal fue criticado por movimientos como la 'revolución silenciosa'. Josefina Pelliza de Sagasta utilizó el melodrama en su novela Margarita para transmitir una visión de la maternidad en apoyo de la patria, en contraste con la inmigración europea. El artículo analizó cómo este discurso refleja la visión machista de la época en torno a la gravidez. Para ello, se empleó un análisis hermenéutico tomando como base las propuestas del melodrama esbozadas por Peter Brooks. De ahí que se note, a partir de las acciones de los personajes, el rasgo positivo y patriótico que adquiere la maternidad en la obra de la autora argentina.

Palabras clave: escritora, literatura latinoamericana, literatura argentina, novela.

Abstract

Motherhood is a controversial theme that has evolved over the centuries. In the nineteenth century, pregnancy was perceived through a scientific and patriotic lens, and women's national duty was promoted through the media. Artistic works consolidated the image of a faithful, protective, devoted, and submissive mother. However, this ideal was challenged by movements such as the "silent revolution." Josefina Pelliza de Sagasta employed melodrama

¹ Bachiller en Literatura Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

in her novel *Margarita* to convey a vision of motherhood in support of the homeland, in contrast to European immigration. This article analyzes how this discourse reflects the patriarchal perspective of the period regarding pregnancy. A hermeneutic analysis was applied, based on the proposals on melodrama outlined by Peter Brooks. Thus, it becomes evident, through the characters' actions, that motherhood acquires a positive and patriotic trait in the work of the Argentine writer.

Keywords: writer, Latin American literature, Argentine literature, novel.

Résumé

La maternité est un thème controversé qui évolue au fil des siècles. Au XIX^e siècle, la grossesse fut envisagée à travers un prisme scientifique et patriotique, et le devoir national des femmes fut promu par les moyens de communication. Les œuvres artistiques consolidèrent l'image d'une mère fidèle, protectrice, dévouée et soumise. Cependant, cet idéal fut remis en question par des mouvements tels que la « révolution silencieuse ». Josefina Pelliza de Sagasta utilisa le mélodrame dans son roman *Margarita* pour transmettre une vision de la maternité au service de la patrie, en contraste avec l'immigration européenne. Cet article analyse comment ce discours reflète la vision patriarcale de l'époque autour de la grossesse. Une analyse herméneutique a été appliquée, en s'appuyant sur les propositions du mélodrame esquissées par Peter Brooks. Ainsi, il apparaît, à travers les actions des personnages, que la maternité acquiert un caractère positif et patriotique dans l'œuvre de l'auteure argentine.

Mots-clés: écrivaine, littérature latino-américaine, littérature argentine, roman.

INTRODUCCIÓN

Desde los inicios de la humanidad, la maternidad es un proceso constante. Por ello, se percibió como un proceso natural y, a menudo, como una obligación para todas las mujeres. A lo largo de los siglos, se construyeron diversos modelos y conceptos sobre cómo debía concebirse la maternidad (De Beauvoir, 2021). Apoyado en el sistema heteropatriarcal —el cual coadyuva a la supremacía masculina sobre la femenina (Butler, 2017)—, el papel de las mujeres se redujo a la procreación y al cuidado del hogar.

Dentro de las múltiples definiciones de la maternidad, la mujer decimonónica y occidental desempeñó un papel clave. Como afirma Carradori (2017), a mediados de esa centuria, el sujeto femenino fue relegado a la procreación debido a su capacidad reproductiva. Esta función se justificó por la impronta nacionalista que surgió en la época, cuando muchas naciones se estaban formando y necesitaban una nueva población. Es decir, la figura de la madre adquirió relevancia gracias a su capacidad para traer nuevos individuos al mundo. En ese proceso de mistificación, la maternidad se revestía de un aura de felicidad a la que todas las mujeres debían aspirar.

Esta visión de la maternidad se extendió por todo Occidente, incluyendo América del Sur. Muchos países comenzaron a surgir tras sus respectivas guerras de independencia, y Argentina no fue la excepción. Sin embargo, el caso argentino presenta características únicas. A mediados del siglo XIX, se produjo una masiva inmigración europea, motivados por las medidas del gobierno argentino. No obstante, el llamado de europeización del país fue respondido por los italianos. En medio del *Risorgimento* (proceso de reunificación en Italia), la crisis se agudizó, por lo que las tierras americanas resultaron un aliciente para muchos de

ellos. Así, pues, se embarcaron una ingente cantidad de personas en búsqueda de lo que se conoció como “el sueño americano”. Ante esta oleada de inmigrantes, la percepción sobre los extranjeros cambió, y como respuesta, lo nacional cobró mayor valor.

Además, dentro del país rioplatense, se desarrolló un grupo conocido como la “revolución silenciosa”. Integrado por entero de mujeres, se dedicaron a cuestionar los roles heteropatriarcales que tenía la mujer en la época. Lentamente, se produjo la profesionalización de las mujeres, lo que significó adquirir mayor territorio en el debate público. Empero, su participación, aun para aquel siglo, era mal percibida. Entonces, para comunicar su crítica al público lector, utilizaron los folletines o melodramas. De esa manera, solapaban la mirada acusadora con narraciones ligeras y populares.

Aunque es criticable su integración en la “revolución silenciosa”, algunos de estas características se reflejan en la obra de Josefina Pelliza de Sagasta, *Margarita*. La novela de la escritora argentina utiliza una estructura maniquea —típica del melodrama— para mostrar dos visiones contrapuestas: el bien y el mal. En el primer grupo, se destacan las acciones consideradas positivas y dignas de imitar; mientras que, en el segundo, las características se presentan de forma hiperbólica y son rechazadas. De esta manera, las mujeres que pertenecen al grupo negativo son percibidas como indeseables; por su parte, aquellas adscritas al lado positivo representan el ideal. Dentro de las cualidades tomadas por positivas, se encuentra el de la maternidad. De modo que tal proceso se verá pertinente a seguir para todas las mujeres debido a que contribuye a la expulsión del extranjero, quien es caracterizado como el villano. Solo el nacimiento de un argentino podrá rebatir aquella ola inmigrante que amenaza las tierras nacionales.

METODOLOGÍA

Se siguió un análisis cualitativo hermenéutico, el cual se enfoca en la interpretación profunda de los textos y contextos para desentrañar los significados y simbolismos presentes en la obra (Cárcamo, 2005). Este enfoque permite explorar cómo los discursos sobre la maternidad en el siglo XIX, presentes en la obra *Margarita*, reflejan las tensiones entre el ideal patriótico y las experiencias femeninas de la época. A través de una lectura detallada y crítica, guiada por las teorías del melodrama propuestas por Peter Brooks, se analizaron las acciones y representaciones de los personajes. En consecuencia, se pueden identificar los valores sociales y políticos asociados a la maternidad, lo cual permite subrayar su papel en la construcción del imaginario nacionalista y las dinámicas de género.

HALLAZGOS Y ANÁLISIS

La maternidad: de un acto a un mito

Desde hace siglos, la sociedad ha considerado la maternidad como una obligación para las mujeres. Dada la capacidad reproductiva femenina, los hombres establecieron normas que colocaban a las mujeres en roles reproductivos ineludibles. Por ello, no es de extrañar que su deber en la sociedad se haya establecido con base en dicha función biológica. De Beauvoir (2021) argumenta que la asociación inicial entre mujer y naturaleza marcó el comienzo de una larga tradición patriarcal. Esta visión justifica la subordinación de las mujeres al asignarles un rol exclusivamente reproductivo y doméstico. Es decir, la maternidad se relacionó como un proceso natural para las mujeres. Lo que significa que la obligación es biológica, fuera de

una imposición externa. En ese sentido, Carradori (2017) explica cómo la gravidez se cionó en torno a la biología:

Sin embargo, esta valorización es ficticia: las mujeres tienen la posibilidad biológica de reproducirse, pero la reproducción no tiene poder de forma natural, es la sociedad quien decide conferírsele. Por ende, si los hombres quieren asegurarse el control sobre el producto de la reproducción, antes tienen que asegurarse el control de la reproducción misma y, entonces, el control del acceso al cuerpo femenino. Esto implica que los hombres llegan a controlar la sexualidad femenina (pp. 92-93).

En efecto, con el saber de la capacidad reproductiva que posee la mujer, el hombre decide su rol en la sociedad: ser una madre. Mientras que el varón, cazador, furtivo y sociable, es dueño de lo innombrado. Así, el ente masculino establece una jerarquía basada en la sexualidad, pues es la gran diferencia que existe entre ambos. Dicha diferenciación permite al hombre delimitar todos los aspectos que le concierne al sujeto femenino, incluso el sexual. Así, la obligación se convierte en un asunto interno, no externo. Las mujeres deben ser madres porque así lo pide la naturaleza.

De esa manera, se construye la idea de los roles sexuales. Es decir, se establecen las funciones de cada sujeto en la sociedad. Dichas labores se presentan no solo como distantes, sino recíprocas (Lozano, 2001). La maternidad no solo se concibe como una tarea exclusiva de la mujer por su inherente capacidad de procrear, sino que se convierte en vital. La razón por la cual se torna de tal manera es debido a la separación de esferas: públicas y privadas. El hombre es dueño de ambos espacios, mientras que a la mujer se le encadena en el hogar. Su relevancia en la jerarquía social se basa por entero en su capacidad reproductora. Por tal motivo, “la mujer no tenía valor como ser humano sino hasta cuando esta lograba ser madre, de modo que las mujeres incluso se preparaban para dicha condición y también le delegaban una gran importancia” (Barrantes & Cubero, 2014, p. 33). De ello, se colige que la infertilidad las condenaba a la ignominia. En consecuencia, el infante se convirtió en su único lazo con la comunidad.

Sin embargo, la presentación de dicho acto no siempre fue unívoca. Las perspectivas que se tuvo con relación al infante fueron múltiples: desde su intrascendencia en el mundo protohelénico hasta la relevancia del hijo como individuo a inicios del Renacimiento europeo (Flórez-Estrada, 2014). Por ello, cuando se independizó al niño como un pequeño-adulto, y el cuidado se centró más en un futuro desarrollo, la maternidad dio un vuelco trascendental. La gravidez se entendió, en consecuencia, por ser un acto exclusivo e intensivo. La mujer era la única que debía de cuidar y proteger al niño; se volvió la garante moral y educacional de los infantes. Además, sus labores no se centraron solo en el cuidado inicial, sino que era una tarea que se extendió a lo largo de la vida de su hijo, porque “una madre es siempre una madre”. Así, se convirtió en el “ser-para-Otro” (Wagner, 2008) de la sociedad; es decir, alguien que vivía para el resto, no para sí mismo. Las mujeres, cuando se convertían en madres, no podían pensar más que en sus hijos.

Más adelante, la maternidad adquirió un tinte mucho más relevante para la sociedad. A inicios del siglo XIX, la preocupación para consolidar el territorio nacional se desarrolló en todos los aspectos; la gravidez no fue la excepción. Como es un discurso manejado por el heteropatriarcado, la procreación sirvió a los incipientes Estados Nación. Se requería la creación de nuevos patriotas, nuevas almas guerreras que contribuyeran de forma férrea en la construcción de un país sólido y único. Por ello, el papel de las mujeres se intensificó:

debían engendrar a la mayor cantidad de sujetos, pero con la mayor calidad posible (Oiberman, 2005). Para tal labor, se necesitó del apoyo de la ciencia como un aval objetivo que ayudara a comprender la difícil encomienda. De esa manera, la presencia de una maternidad obligatoria no solo se concentraba en la garantía biológica y social, sino que se apoyó en el siempre confiable discurso científico, en boga en aquella época (Sánchez, 2003). En resumen, la mujer se avala como las próximas en legar su cuerpo para los futuros profesionales.

El discurso científico de la época contribuyó a la creación de conceptos como el “instinto maternal” o la “esencia femenina”, estos términos justificaban la idea de que la maternidad era una obligación natural para las mujeres (Palomar, 2004). La comparativa era sencilla: los animales, parecido a los seres humanos en cuanto a la reproducción, mantenían una jerarquía similar; además, las hembras prestaban íntima atención a las criaturas. La relación no se hizo esperar: si aquellas mantienen una protección unívoca con su bebé, ¿por qué la mujer no? Por supuesto, se estableció un sentimiento que solo se circunscribía para la mujer; el hombre se mantenía impoluto en cuanto a la crianza. Así, la naturaleza estaba para emparentar los deseos animalescos con los humanos. Para finalizar, se construyó ese falso sentimiento para que las mujeres sintieran la necesidad de ser progenitoras.

Dichas características permitieron construir la imagen de una madre perfecta para los servicios patrióticos. Agregado a ello, se divinizó la figura materna y se consolidó la partitura general para las mujeres: “el instinto materno, el amor materno, el *savoir faire* maternal y una larga serie de virtudes derivadas de estos elementos: paciencia, tolerancia, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar, de proteger, de sacrificarse, etc.” (Palomar, 2004, p. 16). Todas esas cualidades sirvieron como aval de lo que se conoce como la “buena madre” o “madre normativa”. Quienes no cumplan con algunas de estas nociones serán consideradas, por el contrario, como “malas madres” o “madres no-normativas”. Dichas categorizaciones sirvieron para corregir a los sujetos: todas deberían actuar con uniformidad; debían seguir los lineamientos patriarcales. Para ello, surgieron muchos mecanismos que se encargaban de mantener el equilibrio en la nación. Dentro de ellos, las novelas sirvieron como un puente de transmisión de tales ideas.

En conclusión, la maternidad fue de manera lenta construida hasta nuestros días. Sin embargo, en pleno siglo XIX, su labor se centró en la producción de nuevos sujetos para las ingentes naciones. Así, el discurso se centró en crear una imagen idealizada y basada por entero en la ciencia. De tal manera, se confirió un aura de objetividad que obligaba a las mujeres a ser madres. Dicho contexto nos permite circunscribir la obra de Josefina Pelliza de Sagasta.

Melodrama y revolución silenciosa: el cambio y la necesidad

A mediados del siglo XIX, la familia nuclear adquiere un significado importante para el surgimiento de los países. Tanto el hombre como la mujer tuvieron sus roles asignados en el hogar. En el caso de esta última, una vez se convertía en madre, su labor se centraba en el cuidado del bebé como en la totalidad de la casa (Ferrús, 2013). La progenitora, en consecuencia, asumía un rol pasivo en la construcción de la sociedad. En cambio, el infante se vuelve crucial.

En los países occidentales, dicho pensamiento se mantuvo a lo largo del siglo XIX. En el caso argentino, surgió un movimiento en contra de tales planteamientos: “Revolución

silenciosa”. Aquel grupo de mujeres buscó desestructurar los modelos que se establecieron para los sujetos femeninos. El motivo de aquel cambio de mentalidad, afirma Crespo (2015), se debe al contexto en el cual se desarrolló la Argentina decimonónica:

...el rechazo hacia los avances de la Modernidad expresado en cierta idealización nostálgica de la vida rural pre-moderna, el malestar ante la gran movilidad de clases sociales e identidades, los cuestionamientos hacia la institución civil del matrimonio y su relación con la Iglesia y con el sentir de cada individuo (cuestionamientos enmarcados en la polémica entre laicos y católicos, en auge durante el último cuarto del siglo XIX) (pp. 18-19).

En efecto, el ambiente era cambiante; por lo tanto, la situación era propicia para la crítica. En el caso de los sujetos femeninos, su situación pasiva en la sociedad fue examinada. La profesionalización de la mujer, conjuntado con la crisis económica, fueron elementos importantes para tal juzgamiento. No obstante, aún no había una profundización del mismo. Por tal motivo, el análisis que se realizaba era superficial.

De igual manera, la transmisión de la crítica fue diferente. Los debates y reformulaciones teóricas no fueron ante un panorama abierto. La posibilidad que la mujer transmitiese sus análisis con respecto a la situación de la sociedad era escueta. Se recurrió, entonces, a estrategias discursivas diferentes para difundir el mensaje. El folletín novelesco cumplió dicho rol. Evidentemente, se estudió el carácter pedagógico que tenía dicha herramienta en el siglo diecinueve (Vicens, 2013). No obstante, su labor no ceja en un muestrario pasivo, sino que era un corrector de actitudes. La maternidad era dibujada con todas las características concernientes a la “madre normativa”, en contraposición de la “madre no-normativa”.

Una de las herramientas fundamentales para empezar dicha discursividad fue el melodrama. Gracias a su capacidad para llegar a una gran cantidad de público, aquella herramienta sirvió para transmitir cierto tipo de mensajes. Según Brooks (1985), en dichas obras se tiende a utilizar personajes maniqueos: el villano es el símbolo inequívoco del mal y de la fealdad; el protagonista, en cambio, es la representación de lo bueno y modélico. Ambos territorios demarcan actitudes antitéticas; sin embargo, por la simpatía que se encarga de despertar este último, su accionar será tomado como el ejemplo para los lectores. Por otro lado, la villanía era asociada con las actividades negativas, los contraejemplos. Así pues, se establece los parangones deseados que se deben seguir. Por ello, Crespo (2015) señala que las escritoras decimonónicas utilizan el maniqueísmo en sus escrituras:

En muchas escritoras del S.XIX –Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti, Lola Larrosa, Josefina Pelliza– puede rastrearse la configuración del Mal en lucha con el Bien, fuerzas antagónicas que proponen un tipo de equilibrio, cósmico y trascendental, que está mucho más allá del plano histórico y fáctico propuesto por los narradores realistas. Se trata de una visión cristiana que se remonta a una concepción humanitaria y moral del mundo, según la cual la violencia es un problema contingente y masculino (p. 95).

Como afirma la cita, la influencia católica fue vital para el entendimiento de la mujer como madre. Sin embargo, también es capital para entender la lucha que se construye con base en los dos tipos de entes que habitan la sociedad. El bueno y el malo son los avatares que se pueden utilizar; no existe un punto medio. El melodrama busca esta disputa para dar a

entender lo que significa lo correcto de lo que no lo es. Es una pugna que apela al lector a la compasión y, por consiguiente, al seguimiento.

No obstante, las mujeres esquematizadas no se circunscribieron en la pasividad siempre asociada en el melodrama. *Margarita* demuestra un personaje cuyas características se desligan en su totalidad de tal proposición. Es más, su libertad sobresale sobre el resto de personajes, quienes siempre se atienen al hombre como garantes de su libertad (Ferrús, 2013). La lucha y disputa contra un estereotipo que las moldeaban en el mutismo es evidente cuando se contraponen contra el machismo. Entonces, la disputa no era solo con base en la pelea del villano contra el héroe, también involucraba la liberación y opresión de las mujeres. Para ello, el maniqueísmo fue relevante. Las actitudes machistas eran relacionadas con el villano; mientras, el actuar más liberal se conectó con los protagonistas. En el presente caso, las mujeres observaban el comportamiento de Margarita frente a los abusos de los hombres opresores y, con ello, se visibiliza la frontera que existe entre los dos sexos (Crespo, 2015). Es decir, el papel del melodrama no solo fue de entretenimiento, sino que ayudó a construir los valores de una sociedad.

Por tal motivo, existe dos tipos de mujeres en la novela: la sumisa y la rebelde. En el primer caso, representado por Teresa y Andrea, se percibe un perpetuo acto de pasividad frente a las órdenes del hombre. Es decir, son la perfecta imagen del “Ser-para-Otro” al cual se les destinaban a los sujetos femeninos. En cambio, el segundo grupo, integrado solo por Margarita —en algunos casos, por Inés—, se percibe la rebeldía y el tesón frente a las actitudes patriarcales. La percepción negativa y positiva se toma en cuenta con base en la participación que poseen los personajes en la diégesis. Por lo tanto, dentro del grupo de “buenos” en el melodrama, quienes resaltan más son las mujeres rebeldes. Debido a tal actitud no convencional frente a los dogmas heteropatriarcales, algunos críticos lo catalogan de protofeminista² (Crespo, 2015; Ferrús, 2013). Sin embargo, al analizar la obra con mayor acercamiento, existen diversas características que la alejan de tal denominación.

Maternidad en *Margarita*

En la novela, Margarita es presentada desde el inicio como un ente redentor: “Los rayos de la luna le daban de lleno y aquella mujer aérea y bellísima, como el suspiro de un angel, parecía una emanación celeste descendida á la tierra en un rayo de la medrosa luna...” (Pelliza, 2016, p. 93). Es decir, en el principio encontramos la relación que debe tener con el público: una mujer por entero avocada con la bondad. Aquella cualidad despertará en el lector la simpatía y, por ende, todo su accionar será ejemplar. Además, dicha imagen se corresponde con la noción de “ángel del hogar” que se dibuja a mediados del siglo XIX. Tal figura se corresponde a la sumisión y armonía que debería traer el sujeto femenino al hombre. Con ello, se construye la beatificación de la mujer. Agregado a tal proposición, se divide sus características con respecto a su padre putativo, Don Luis. Tal personaje, por el contrario, es representado bajo un aura sombría y mefistofélica:

Este, con la mejilla izquierda apoyada en la palma de la mano, fijaba sobre su hija una mirada extraña, casi diabólica; los ojos de aquel hombre eran los ojos sangrientos del

² Por ejemplo, la elección que hace Margarita de casarse solo después de la revelación de su propia identidad, pese a las súplicas del hombre, denota una actitud mucho más libre con respecto al ente masculino. Es más, la contraposición con su amiga Teresa es vital para entender la evolución del personaje principal. Así, las relaciones sexuales premaritales que realiza Margarita se tornan ya no con un cariz religioso, sino con una aceptación más allá de los convencionalismos patriarcales. Se denota, pues, una superación del individuo contra la sociedad.

chacal; su mirada recelosa y siempre velada por la espesa pestaña, le daba una expresión de indescriptible malignidad... (Pelliza, 2016, p. 85).

Dicha contraposición no solo sirve para resaltar las características físicas de ambos personajes. La función de la descripción colabora a la presentación de sus actitudes morales. El melodrama dibuja dos clases de actantes: el bueno, el cual se relaciona con la belleza física; y el villano, quien se acerca a la idea de fealdad. Por dicho motivo, cuando se describen a ambos se hace con el fin de transmitir los roles que tendrán a lo largo de la novela.

Pese a su presentación angelical, Margarita no es en su totalidad un ente sumiso. Como mujer, se esperaría que asuma todos los roles patriarcales. Sin embargo, desde el principio notamos que la tendencia es la contraria: “—¡Dios mío! Teresa, ¡siempre ese hombre! —exclamó la pobre niña, pálida y aterrada” (Pelliza, 2016, p. 90). En dicho diálogo, se aprecia una queja con respecto al tutelaje del hombre. Dicha proclama demanda, de forma implícita, unos deseos de libertad ante la evidente presión que experimenta. Por lo tanto, se crea una imagen dual de la protagonista: se ciñe a una aspiración de ángel, pero con muestras de rebeldía. Es decir, la mujer protagonista —y, por ende, cuyas actitudes eran loables—, no se ciñe en los parámetros machistas. Existe, por el contrario, un ansía de libertad inherente que debe buscar.

No obstante, su imagen no es plana. Su porte cambia con la presencia de su amado, Plácido: “¡Te amo ahora mas que nunca y de hoy en adelante mi único placer será pensar en ti, mi única ambición que tú me ames!” (Pelliza, 2016, p. 96). En este caso, la sumisión es asumida por la propia Margarita; nadie la obliga a acatar a un hombre. Por ello, mediante aquella elección, la protagonista decide a quien seguirá de forma voluntaria: “—¡Oh! no, no te digo eso; porque yo soy tu esclava, y como tal me considero, y soy feliz con que tú seas mi amo” (Pelliza, 2016, p. 119). En la presente cita, se puede apreciar que lo expresado es su deseo: la esclavitud ante quien ama. Por ello, trasgrede las normas de capitulación que una mujer debe tener frente al varón (en general) para destacarlo en un ente particular. Su amado, además, se aleja de los patrones machistas. Por tal motivo, existe una relación causa-efecto. Margarita desea estar con él debido a la libertad que le cede, en contraposición con su padre, quien no cede de oprimir sus deseos. Evidentemente, la voluntariedad de aquella mujer se presenta como una relación sumisa. Ante ello, se puede notar aún una conexión heteropatriarcal típica, en la cual la mujer se posiciona debajo del hombre. Sin embargo, se aleja de la imagen de un varón que sea por entero dominador. En síntesis, la presente es una ligación ambivalente porque, por una parte, desea su libertad, mas en la otra, desea ser sumisa.

Aunque la relación parece ser de sumisión; por un lado, se demuestra que es recíproca: “Yo viviré para ti, seré tu padre, tu hermano, tu amante y tu esposo; el cielo se abre para nosotros y el porvenir es nuestro” (Pelliza, 2016, p. 99). Plácido establece una relación dual, en la cual los dos son seres correspondientes y sumisos. Es por tal motivo por el cual Margarita lo considera suyo: hay una reciprocidad. En cambio, el supuesto padre, demostrado como un italiano perverso, la somete a improperios que la reduce a una inferioridad: “será mía; las mujeres todo lo olvidan, y al fin acabará por amarme” (Pelliza, 2016, p. 102). En el presente caso, se observa el deseo de posesión de manera plena y masculina. Además, confiere una cualidad inferior a las mujeres en su totalidad: la poca memoria. Se infiere, en contraposición, que, para Don Luis, el hombre no se presenta de dicha forma. Entonces, confiere un estatuto jerárquico en el cual la mujer asume la última posición. Por lo tanto, Margarita no presenta ninguna simpatía frente a su padre putativo. Además, dibujado como el villano de la novela,

estas actitudes que posee son consideradas negativas. Bajo la perspectiva melodramática, el varón que busca la sumisión de la mujer es un ente perverso y deleznable, como ese personaje.

Aquel ser insatisfecho que es Margarita con respecto a su posición, ayuda a cuestionarse cualquier rol o actitud machista. Su padre, quien se supone que manda en aquella relación, al demostrar dichos accionares, revela su identidad. Ante ello, la protagonista no tendrá un rol pasivo:

—¡Yo!, ¡mientes, asesino! —exclamó Margarita, con el rostro rojo de vergüenza ante tan sangriento ultraje—. ¡Mientes! tú sabes quién soy, quiénes son mis padres, víctimas quizá de tu cobardía y de tu maldad. ¡Oh! dímelo y te perdono todo el mal que me has hecho, dímelo y llegaré a olvidar tu infamia. (Pelliza, 2016, p. 106).

A quien antaño le demostraba sumisión, aunque falsa, ahora solo le exhibe desdén. De llamarlo padre, le increpa todos sus defectos. La imagen de Margarita se convierte en una heroína por destrabar la posición autoritaria y mentirosa de su supuesto progenitor. La rebelión de la protagonista se parangona con la belleza que posee: “El acento de la jóven, al tutear á Don Luis, era amenazador y resuelto; el infame se sonreía. Margarita volvió la cabeza; aquel traje azul suelto y de gran cola le daba la apariencia de una reina” (Pelliza, 2016, p. 106). Es decir, la rebelión es percibida no solo como imperiosa, sino que se le ensalza. Es más, en el presente fragmento, se demuestra con mayor claridad que la increpación es percibida de forma positiva. Se eleva la imagen de Margarita hasta la de una monarca, por lo que se infiere su beldad y, por ende —diagramados en el melodrama—, su actuar es el correcto.

Dicho quiebre de su identidad le permite cuestionarse sobre su posición en el mundo. Ya no es más parte de la sumisión paterna, pero sí de la jerarquía sexual que entabló, de forma voluntaria, con Plácido. Sin embargo, pese al devoto amor que le profesa, existe un tema más relevante: su persona. Aunque el amor es una de las potencias que mueven a la protagonista, se realza esta sobre todas. Por ello, Margarita afirma: “No puedo, cuando tenga un apellido lejítimo seré tu esposa; mientras me llame Margarita á secas, seré tu querida” (Pelliza, 2016, p. 115). La búsqueda de su filiación está por encima de su “deber como mujer de otro”. En tal momento, la heroína establece sus bases como persona. Es decir, no es un actante sumiso que cede ante las presiones heteropatriarcales tan fácil. Primero se debe a sí misma, lo que contraviene con las peticiones machistas de la época. Es esa característica la que diferencia a la heroína de Pelliza de Sagasta con el “ángel del hogar” decimonónico.

Ante dicho ambiente, Margarita no puede experimentar la libertad. Como no puede asumir las validaciones patriarcales, se dirige a un hogar propio. Dicho lugar constituye su liberación y una afrenta contra las imposiciones del heteropatriarcado. La casa no solo simboliza el estadio de paz que necesita la mujer, sino el espacio que se les vedó históricamente. Con ello, rechaza todas las normas sociales vigentes cuando se muda, como el matrimonio civil, considerado como una atadura. En cambio, consolida la jerarquía interna que elaboró a lo largo de la novela: la importancia de sí.

La vida de Margarita se reorganiza con base en su libertad adquirida. No obstante, su vida da un giro copernicano debido a las relaciones premaritales que sostuvo con Plácido³. La

³ Dicha actitud, además, demuestra su alejamiento de las órdenes patriarcales de una mujer pura. Su deseo importa más que la impronta de guardarse para el matrimonio. De esa manera, Margarita se convierte en una mujer contrahegemónica, parcialmente.

protagonista queda embarazada, por lo que la jerarquía interna que construyó se deshace. En consecuencia, no es el amor que siente por su amado lo que predomina, sino la filiación materna: “...el amor de mi hijo me sostiene y él forma la única esperanza de mi vida” (Pelliza, 2016, p. 127), afirma después. Se puede destacar que la rebeldía se convierte en sumisión al infante, nacido en un seno albiceleste. Dicha decoración es la representación de la bandera argentina. Por lo tanto, el bebé simboliza el futuro de la nación, en contraposición de la maldad del otro extranjero. Entonces, asume un rol crucial en la diégesis de la novela: la cuidadora y protectora de los ciudadanos venideros. Dicho valor, se mantiene vigente en la obra; pues, en ningún momento se cuestiona la sumisión materna. Todo lo contrario, se ensalza dichas cualidades en Margarita.

Además, el niño posee un valor fundamental en la diégesis. No solo constituye el futuro que la madre debe proteger; aquel infante es el único recurso que tendrá Margarita para ser aceptada en la sociedad: “La pobre madre, ajena á su desgracia, miraba á aquel niño como enviado por la providencia, para aliviar en parte su miserable vida” (Pelliza, 2016, p. 151). Entonces, el hijo se convierte en el ser que sostiene su presencia en la comunidad. Por tal motivo, la protagonista se debe convertir en ese “Ser-para-Otro”. En pocas palabras, solo puede mostrar devoción entera a su vástago, sin importar cómo, ni su integridad. En caso de que falle, se cebará contra sí misma por no poder acatar la las reglas sociales:

—Pobre, si, pobre hijo mio; no tienes padre; tu madre infeliz, ¿qué puede darte? ni un apellido: ¿qué contestarás á la sociedad cuando te pida un nombre?, ¿inclinarse tu pura frente avergonzado? y el mundo sin compasión, la sociedad sin piedad, te apellidará hijo del oprobio; ¡pobre!, ¡pobre hijo de mis entrañas! (Pelliza, 2016, p. 152).

Por añadidura, la madre es la única responsable del destino del hijo, futuro del país y salvación contra los extranjeros. Por ello, no puede ser feliz hasta que el infante lo sea. Además, en dicho fragmento reconoce su deber como madre: darle un apellido (linaje, destinación, filiación con la tierra). Inclusive, ya no experimenta la relación con su ser de la misma forma. Antes, le interesaba más su identidad que el de otro. Sin embargo, debido a la presencia de su bebé, su atención pasa a este. En conclusión, se consolida como un “ser-para-Otro”.

La devoción de Margarita no solo es en el plano mental, sino que abarca lo físico. Por ejemplo, cuando Don Luis busca vengarse de la protagonista por no haber cedido a sus deseos carnales, manda a un sicario. En búsqueda de atacarla junto a su primogénito, la heroína defiende con su vida lo más preciado que tiene: no su integridad física, sino a su hijo:

La infeliz madre, privada de la voz, habia enlazado á su hijo con ambos brazos cual si fuera en un anillo de acero y con el rostro pálido de dolor y la mas horrible desesperación pintada en él, luchaba heroicamente, aunque sintiendo agotarse sus fuerzas por momentos; el bandido también luchaba, pero ya cansado del poco éxito de sus esfuerzos, alzó el brazo con que cubría la boca de la víctima y teniendo con el otro al aterrado niño, dejólo caer brutalmente sobre la delicada cabeza de Margarita. (Pelliza, 2016, p. 153).

Efectivamente, el servicio de una madre decimonónica no termina con el dar a luz al infante: debe de consolidar el crecimiento, la integridad física y emocional. El cuerpo de la mujer, receptáculo del espermatozoide masculino, sirve como barrera de protección. En este contexto, Margarita adopta pasivamente su rol de protectora, tal como se esperaba de una madre del

siglo XIX. Su disposición a sacrificarse por su hijo reafirma los valores de devoción y sumisión que la sociedad consideraba esenciales en las mujeres de la época.

Otro caso relevante es cuando pierda al niño. Una vez secuestrado el bebé, la estabilidad mental de Margarita decae: “Desde aquel día Margarita, por completo loca, se encerró en un silencio absoluto. No hablaba á nadie, y solo de tiempo en tiempo, se la oía lanzar un grito desgarrador y luego quedar sumida en un marasmo de profundo indiferentismo” (Pelliza, 2016, p. 154). Perder a su primogénito la convierte de manera automática en una “madre no-normativa”. Es decir, se encuentra lejos de los cánones establecidos. Por lo que su locura representa su alienación de la sociedad. En medio de su locura, descubre cuál es el rol que posee toda mujer en el siglo XIX: “Mi deseo es amar y ser amada, formar la familia y cuidar del hogar; mis aspiraciones agradar á mi esposo hacer dulce y alegre su vida personificando nuestras dos almas en una sola” (Pelliza, 2016, p. 196). Al reconocer los paradigmas que sostienen a una mujer, sabe también lo que implica no seguir aquellos lineamientos. Por lo tanto, cuando se percibe fuera de lo que se considera útil, decide partir del lugar de sociabilización:

—Si, Teresa mia, es la única misión que puedo llenar en esta vida; yo no puedo ser madre, tampoco puedo ser esposa, ¿qué quieres, pues, que sea sino hermana de Caridad? Si un día me necesitas me tendrás á vuestro lado, no exijas otra cosa de esta pobre mujer; después de perder á mi hijo y á mi amante, ¿cómo quieres que viva en el mundo Teresa? (Pelliza, 2016, p. 212).

Como afirma en la conversación con Teresa, su mejor amiga, no puede pertenecer, de manera útil, a la sociedad ni como esposa ni mucho menos como madre. La única manera en la cual puede reintegrarse es al servir de monja en el monasterio. Sin embargo, dicho cambio no implica un verdadero giro copernicano, sino que implica un disfraz de las intenciones patriarcales. Al convertirse en hermana de Caridad, Margarita continúa su labor de “Ser-para-Otro”. En tal sentido, lo reconoce la protagonista: “... soy feliz á mi modo, el consuelo que presto al desamparado, al enfermo, sin familia, sin afectos, templa en parte mi propio desamparo, hace llevadero mi cruel infortunio, y casi me siento dichosa practicando el bien y la caridad” (Pelliza, 2016, p. 240). Es decir, su deber con la maternidad es vigente y simbólica.

La maternidad, entonces, se catapulta como su foco central. No importa la manera, el cuidar de otros se registra como su característica principal. Por ello, ante el deber de presentar a un hijo en la sociedad y cuidarlo para que se convierte en el futuro, la madre es capaz de todo. La omnipotencia surge como la cualidad fundamental que necesita adquirir. Por ello, cuando se le brinda la oportunidad de volver a ser madre, no le importa ni su honra, ni su integridad física o moral. El deseo maternal es mucho más fuerte que todo ello: “—Mi hijo, ¿dónde está mi hijo? —murmuró balbuciente la desgraciada madre, ¿dónde está mi hijo, miserable? ¡Oh! devuélvemelo y te perdono” (Pelliza, 2016, p. 290). La afrenta causada por su supuesto padre se lava con la devolución del infante, dueño de la jerarquía interna de Margarita. Por consiguiente, se establece la familia nuclear con Plácido y la muerte del otro extranjero (y su asimilación gracias al cristianismo) es la sólida base para la llegada de la felicidad.

De tal forma, en la novela de Josefina Pelliza de Sagasta, *Margarita*, se construye un modelo de nación que se basa en la libertad de la mujer sobre los preceptos machistas. La protagonista demuestra la férrea voluntad que posee frente a los mandatos del hombre patriarcal. Sin embargo, la presencia de un infante es mucho más relevante en su vida que su propia

intención. Por lo que, por lógica, se puede inferir el arduo deseo de construir una sociedad con base en la procreación de nuevos elementos sostenidos por la madre. Así, la influencia del deseo materno confluye en la obra decimonónica argentina para enseñar a las lectoras su deber como progenitoras. Lo que implica una ambivalencia en la novela: la propuesta de una libertad machista frente a la sumisión hacia el infante. En conclusión, la obra demuestra el afán libertario que debe de poseer la mujer frente a los preceptos heteropatriarcales, mas no su total liberación. El hijo es, en cambio, la fuente de todo deseo que el sujeto femenino debe aspirar por el bien de su país y contra la ola migratoria.

CONCLUSIONES

En el siglo XIX, la sociedad latinoamericana cruzaba una frontera vital para la construcción de los respectivos Estado-Nación. Por tal motivo, la maternidad fue una de los pilares más relevantes. Dicho proceso se extendió como un discurso obligatorio para así asegurar la presencia de futuros ciudadanos quienes colaborarían en la edificación del país. Con ello, las mujeres que eran madres deberían abarcar todo con respecto al hogar y con la mayor devoción posible. Así, los sujetos femeninos se convirtieron en un “Ser-para-Otro”.

Como medio de propagación de dicho modelo, muchas obras de arte santificaban la figura de la mujer devota y sumisa. Dentro de estas, las novelas de folletín se convirtieron en un mecanismo rápido de transmisión. Sin embargo, no fue una cuestión unívoca. En Argentina, por ejemplo, se debatió por debajo la cuestión del sujeto femenino y su rol en la sociedad. No obstante, la polémica no fue pública, debido a la reciente profesionalización de las mujeres. Ante ello, se utilizó diferentes formas para cuestionar el rol otorgado a la mujer en la sociedad. Fue el melodrama, caracterizado por su maniqueísmo, lo que ayudó a construir la imagen de una nueva mujer.

Dentro de ese contexto, Josefina Pelliza de Sagasta, pese a poseer muchas de las características de las mujeres escritoras de aquella época, no ciñe su novela en una crítica mordaz. Su novela *Margarita* cuestiona diversas acciones machistas; mas no los afronta en su totalidad. Aunque muestre animadversión frente a los roles patriarcales, asume una posición sumisa frente a un hombre. No obstante, aquella decisión es debido a su voluntad. De hecho, en la obra se conforma una propia identidad para las mujeres. Se deshace de su padre putativo, símbolo de los cánones heteropatriarcales, para construir su propio espacio, lejos de una sociedad normativa. Sin embargo, existe un ente más poderoso que su ser: un bebé. Ante el nacimiento de este hijo, los valores de la protagonista cambian. Pondera, ahora, la integridad de su vástago, en contraposición de la suya. Además, significa la propagación de la argentinidad —debido a su nacimiento en una cuna albiceleste, símbolo de la bandera argentina— en contra de la irrupción migrante. Por tal motivo, el cuidado del infante se torna en crucial para la madre.

De tal manera, la autora argentina construye un melodrama que contrapone a dos figuras: el bien (heroína) y el mal (villano). Margarita, la protagonista, es representada bajo una mirada positiva de bondad y sencillez. Dicha presentación comulga con sus deseos de libertad frente a los cánones machistas. Así que la actitud frente a la maternidad también será tomada como ejemplo. En dicho punto, asume un rol pasivo frente al bebé, lo que envía un mensaje claro: la mujer debe de dar todo por su hijo sin importar qué. La gravidez representada en la obra se convierte en el único propósito de los actantes femeninos. Asimismo, se entiende que la novela intenta mostrar el rostro angelical y amable de la maternidad como un mensaje al público lector: las mujeres deben ser madres para ayudar a la nación frente al otro inmigrante.

Es así que en la diégesis se quiere mostrar que la mujer para ser feliz tiene que ser madre. De la misma forma, podemos notar cómo era de relevante la maternidad para dicha época y cómo las herramientas literarias fueron empleadas como método discursivo para expandir el discurso maternal.

Conflicto de intereses / Competing interests:

El autor declara que no incurre en conflictos de intereses.

Rol de los autores / Authors Roles:

No aplica

Fuentes de financiamiento / Funding:

El autor declara que este artículo no ha sido financiado.

Aspectos éticos / legales; Ethics / legals:

El autor declara no haber incurrido en aspectos antiéticos, ni haber omitido aspectos legales en la realización de la investigación.

REFERENCIAS

- Barrantes, K & Cubero, M. (2014). La maternidad como un constructo social determinante en el rol de la feminidad. *Revista Wimblu*, 9, 29-42.
<https://doi.org/10.15517/wl.v9i1.15248>
- Brooks, P. (1985). *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. Columbia University Press.
- Butler, J. (2017). *El género en disputa*. Editorial Planeta Colombiana.
- Cárcamo, H. (2005). Hermenéutica y análisis cualitativo. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (23).
<https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/26081>
- Carradori, S. (2017). La literatura como espacio de reflexión y resistencia: la maternidad (de)construida en “Aguas abajo” de Marta Brunet. *Revista Nomadías*, 24, 89-111.
- Crespo, N. (2017, July). Personajes femeninos en Margarita (1875) de Josefina Pelliza de Sagasta. In *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*. Routledge.
- Crespo, N. (2015). Melodrama y villanía en Margarita (1875) de Josefina Pelliza de Sagasta. *Cuadernos del CILHA*, 22, 92-112.
<https://www.redalyc.org/pdf/1817/181742588006.pdf>
- De Beauvoir, S. (2021). *El segundo sexo*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Ferrús, B. (2013). Las “obreras del pensamiento” y la novela de folletín (Rosario Orrego de Uribe, Lastenia Larriva de Llona y Josefina Pelliza de Sagasta). *Lectora: revista de dones i textualitat*, 19, 121-135. DOI. 10.1344/105.000002031
- Flórez-Estrada, M. (2014). La maternidad en la historia: deber, deseo y simulacro. *Cuadernos Intercambio Sobre Centroamérica Y El Caribe*, 11(2), 259–288.
<https://archivo.revistas.ucr.ac.cr/index.php/intercambio/article/view/16585>

- Lozano, M. (2001). *La construcción del imaginario de la maternidad en Occidente. Manifestaciones del imaginario sobre la maternidad en los discursos sobre las Nuevas tecnologías de Reproducción* [Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona]. <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/4171/mle1de2.pdf?sequence>
- Oiberman, A. (2005). Historia de las madres en occidente: repensar la maternidad. *Psicodebate: Psicología, cultura y sociedad*, 5, 115-129. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5645370>
- Palomar, C. (2004). “Malas madres”: la construcción social de la maternidad. *Debate feminista*, 30, 12-34. <https://www.jstor.org/stable/42624829>
- Pelliza, J. (2016). *Margarita*. Editorial Teseo.
- Sánchez, D. (2003). *El discurso médico de finales del siglo XIX en España y la construcción del género. Análisis de la construcción discursiva de la categoría la mujer* [Tesis doctoral, Universidad de Granada].
- Vicens, M. (2013). Pasiones prohibidas: lectoras, consumo y periodismo en la Argentina de entresiglos. *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia/Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza*. <https://cdsa.aacademica.org/000-010/988>
- Wagner, H. (2008). Maternidad transnacional: discursos, estereotipos, prácticas. En G. Herrera & J. Ramírez (Eds.), *América Latina migrante: Estado, familias, identidades* (pp. 325-342). FLACSO, Sede Ecuador; Ministerio de Cultura del Ecuador. <https://www.flacsoandes.edu.ec/agora/maternidad-transnacional-discursos-estereotipos-practicas>